

# Cuaderno de verdor

*Philippe Jaccottet*

Otra cosa vista al regreso de un largo paseo bajo la lluvia, a través de la ventanilla empañada de un coche: este pequeño vergel de membrillos protegido del viento por un terraplén de tierra herbosa, en abril.

Me dije (y me lo he vuelto a decir más tarde ante los mismos árboles en otros lugares) que no había nada más hermoso, cuando florece, que ese árbol. Quizás había olvidado los manzanos, los perales de mi país natal.

Parece que ya no se tiene el derecho de emplear la palabra belleza. Es verdad que está terriblemente desgastada. Conozco bien el asunto, sin embargo. Pero, bien mirado, mi juicio sobre los árboles es extraño. Yo, que decididamente no comprendo casi nada del mundo, llego a preguntarme si la cosa «más bella», sentida instintivamente como tal, no es la cosa más cercana al secreto de este mundo, la traducción más fiel del mensaje que se diría a menudo lanzado por el aire hasta nosotros; o, si se quiere, la abertura más justa sobre lo que no puede ser aprehendido de otro modo, sobre esta suerte de espacio donde no se puede entrar pero que ella desvela un instante. Si no fuera algo así, seríamos unos necios si dejáramos que os capturara.

Yo miraba, me detenía en mi recuerdo. Esta floración difería de la de los cerezos y los almendros. No evocaba ni alas, ni enjambres, ni nieve. El conjunto, flores y hojas, tenía como una mayor solidez, una mayor simplicidad y calma; también más espesor, más opacidad. No vibraba ni se estremecía como los pájaros antes de levantar el vuelo; tampoco parecía comenzar, nacer o brotar, como se esperaría de un anuncio, de una promesa, de un porvenir. Estaba allí, simplemente. Presente, tranquilo, innegable. Y, aunque esta floración fuera tan poco duradera como las demás, no daba a la vista, al corazón, ninguna impresión de fragilidad, de fugacidad. Bajo estas ramas, en esta sombra, no había lugar para la melancolía.

Verde y blanco. Es el blasón de este vergel.

Soñando con estos dos colores, reflexionando sobre ellos, volví a recordar en cierto momento la *Vita nuova*, ese librito en el que había vuelto a pensar cuando esbozaba unas especies de madrigales siguiendo el espíritu de otro genio italiano, más tardío: Claudio Monteverdi. Este título, en efecto,

me sugería la imagen de jóvenes damas, tan nobles de espíritu como puras de corazón, reunidas en grupos como si tocaran algún instrumento, andando y conservando, a veces graves y a veces sonrientes, puras pero en absoluto desencarnadas, hermanas muy deseables de los ángeles que tan presentes están en la pintura de la época. Y yo las veía, a esas jóvenes, vestidas con ropas blancas bordadas de verde como me parecía que lo estaba la figura de la Primavera que adorna el frontispicio del fragmento de *Hiperión* en la edición de 1957 (pintura griega, salvo error, donde, al menos en la reproducción, la joven, aun si coge una flor blanca sobre un fondo de prado verde, lleva un vestido de un tono más bien amarillo) o la de Flora, en la *Primavera* de Botticelli, con su corona y su cuello de flores (y el texto mismo de Hölderlin no dejaba de evocar, por su nobleza juvenil, el de la *Vita nuova*).

Pero cuando releí este último libro constaté, no sin asombro, que a excepción del vestido rojo sangre con el que Beatriz se le aparece a Dante dos veces, la segunda de ellas en sueños, no hay en todo el relato ni una sola mención de color salvo el blanco, que no es un color. El texto es mucho más severo e inasible de lo fijado por mi recuerdo. Esta ausencia de colores, sin embargo, no lo vuelve exangüe. Se diría que está escrito en una lengua de cristal, una lengua diáfana; se creería estar oyendo una fuga de cristal donde nada impide jamás el paso de una luz suave, desgarradora a veces por lejana e inasida. Y la única comparación propiamente dicha que encontramos en el libro con uno de sus dos términos tomado de la realidad concreta, es ésta del capítulo XVIII: «Y como a veces vemos caer el agua mezclada con bella nieve, de la misma manera me parecía ver cómo sus palabras salían mezcladas con suspiros», donde se recurre, por tanto, a la materia más ligera, a la más límpida, a la cual no se comparan por casualidad las palabras; y tampoco es una casualidad que, desde el comienzo del capítulo siguiente, como en eco, Dante escriba: «Ocurrió después que, pasando por un camino a lo largo del cual discurría un arroyo muy claro, me embargó tal deseo de decir, que me puse a pensar en la manera de hacerlo...». Por lo demás, todo aquí no son más que pasos y palabras. Dante pasa, y habla; oye reír, llorar, hablar. No otra cosa hará en la *Divina Comedia*, en un paisaje infinitamente más amplio y más áspero; pero el paso será más firme, los encuentros mucho más diversos y graves, las palabras más seguras también, más profundas, más plenas.

Tuve por fuerza que acercarme a estos árboles. Sus flores blancas, apenas teñidas de rosa, me han hecho pensar alternativamente en la cera, en el marfil, en la leche. ¿Eran sellos de cera, medallas de marfil suspendidas en esta habitación verde, en esta casa tranquila?

Me han hecho pensar también en las flores de cera que se veían antiguamente bajo campanas de cristal en las iglesias, ornamentos menos perecederos que los auténticos ramilletes; tras lo cual, este vergel «simple y tranquilo» como la vida que el Gaspard Hauser de Verlaine sueña desde el fondo de su prisión, se me reveló como una capilla blanca en el verdor, un simple oratorio al borde de un camino donde un ramillete de flores de los campos continúa orando solo, sin voz, para el transeúnte que lo depositó allí un día, con mano piadosa o quizá distraída, porque sufría alguna pena o se encaminaba hacia algún placer.

Verde y blanco.

«Entonces sí que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero en trenza y en cabello, sin más vestidos de aquellos que eran menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra, y [...] eran sus adornos [...] algunas hojas verdes de lampazos y yedra entretejidas...».

Así evoca don Quijote la Edad de Oro ante los atónitos pastores. Más tarde, al salir de la enojosa aventura del barco que creyó encantado, en el Ebro, será consolado por el encuentro con una bella cazadora: «Sucedió, pues, que otro día, al poner el sol y al salir de una selva, tendió don Quijote la vista por un verde prado, y en lo último dél vio gente, y llegándose cerca, conoció que eran cazadores de altanería. Llegóse más, y entre ellos vio una gallarda señora sobre un palafrén o hacanea blanquísima, adornada de guarniciones verdes y con un sillón de plata. Venía la señora asimismo vestida de verde...»

Nostalgia de la Edad de Oro, pastorales, idilios: no era absurdo que, delante de este otro vergel, la ensoñación me hubiera conducido hasta allí. Cervantes es el primero que se burla de esos lugares, pero pone demasiado arte en recrearlos como para que hayan dejado totalmente de gustarle. Por supuesto, el desencantamiento de Dulcinea no es obra de magos pérfidos, sino de la mirada madura, lúcida, objetiva; es esta misma desilusión la que, agravada, conducirá más tarde a Leopardi a los confines de la desesperación. Sin embargo, el encantamiento existe, se produce todavía, incluso en lo que puede parecer el periodo más implacable de nuestra historia; nosotros hemos sido sus beneficiarios (sus víctimas, si se quiere), no se puede todavía separar del mundo el sueño, o el recuerdo. El triunfo de Flora, ¿es menos real que su derrota, o solamente más breve? Es un carro que avanza por un camino, adornado de cantos y de risas, y no podemos evitar que desaparezca en el ángulo del bosque; nosotros mismos nos subimos a él, un día de verano ya remoto. Porque el carro no se detiene, porque la fiesta se acaba, porque los músicos y los bailarines, antes o después, cesan de tocar y de bailar, ¿hay que rechazar sus dones, ridiculizar su gracia?

Verde y blanco: colores dichosos entre todos los colores, pero más cercanos a la naturaleza que los demás, colores campestres, femeninos, profundos, frescos y puros, colores menos sordos que reservados, colores que parecen más bien apacibles, tranquilizadores...

Así, vagas imágenes, venidas del mundo real o de viejos libros, se mezclaban caprichosamente en mi espíritu. Las figuras femeninas apenas se distinguían de las flores o de las hojas con las que sus vestidos y cabellos estaban adornados; no pedían más que arrastrarnos en sus corros, envolvernarnos con sus cantos para protegernos de los golpes, curarnos de las heridas; envolventes, sanadoras, sí, como lo es Zerlina para Masetto en *Don Giovanni*, como lo es Zerlina, o el aria de Zerlina (son una unidad); envolventes, aturdidoras incluso y probablemente engañosas, pero de un engaño que a veces se prefiere a la honradez.

Creo que en todo vergel se puede ver la morada perfecta: un lugar cuyo orden es flexible, los muros porosos, la techumbre ligera; una sala tan bien acondicionada para el matrimonio de la sombra y de la luz que todo matrimonio humano debería celebrarse en ella antes que en esas tumbas en que se han convertido tantas iglesias.

Y este vergel, dividido entre el verde y el blanco, es el blasón de las bodas rústicas y de las fiestas de primavera, una música de caramillos y de pequeños tambores ensordecidos aún por un resto de bruma.

¡Curiosas fiestas, raros idilios, puesto que no se puede bailar con esas hadas, y ni siquiera un instante llevarlas de la mano!

Si estos sellos de cera son el lacre de una carta, ¿tendré que romperlos para leer el contenido?

Colores sólidos, opacos y tranquilos; nada que tiemble, que bata las alas, ni siquiera nada que vibre. Como si el movimiento ya no existiera, o no existiera todavía; pero sin que se trate de sueño, y mucho menos de rigidez, de fijeza. Estos cirios, si son cirios, no velan a un muerto; estas velas no alumbran ni una cama ni un libro. Además, no arden: sería aún demasiado movimiento, demasiada fiebre, demasiada inquietud.

Son muchas las cosas de este mundo de las que debo de haber bebido y que me deben de haber salvado de desecarme, muchas cosas que han tenido la ligereza de una risa, la limpidez de una mirada. Aquí se desvela a medias la presencia de un manantial en la hierba, sólo que sería un manantial de leche, es decir... pero es preciso que el paso en estas inmediaciones ya no se oiga, que el espíritu y el corazón vayan más despacio o que casi se olviden, al borde de la desaparición bienaventurada, de no se sabe qué absorción en el afuera: como si se nos hubiera propuesto por pura gracia un alimento menos vivo, menos transparente que el agua, un agua cuyo origen

animal hubiera vuelto espesa, opaca, dulce, un agua también sin mancha pero más tierna que el agua.

De todos los colores, tal vez el verde sea el más misterioso a la vez que el más apaciguador. ¿Concilia quizás en sus profundidades el día y la noche? Bajo el nombre de verdor, dice lo vegetal: todas las hierbas, todos los follajes. Es decir, también, para nosotros: sombras, frescor, asilo de un instante. («A este asilo de un instante no atéis vuestro corazón», aconseja la cortesana al monje en *La Dama de Egughi*, esa pieza de teatro nô leída a los dieciséis años y que nunca he olvidado; pero si, al contrario, ¿uno no quisiera nunca desatarse de él?).

¿Quién puede haberme tendido esto cuando yo pasaba, quién ha adivinado que, bajo mi aspecto decoroso, yo no era quizás sino un mendigo, y que podía tener sed? Pero no creo que haya habido una mano detrás de esta copa, y ahí reside todo el misterio. Ninguna sirvienta, esta vez, manteniéndose discretamente en el ángulo más sombrío de la sala; ni siquiera transformada en árbol, como quien lo hizo para escapar de la avidez de un dios. Como si ahora ya no fuera necesario, o como si no lo hubiera sido al menos ese día, en ese lugar, y la sirvienta estuviera en nuestro corazón.

Un saludo, al pasar, procedente de nada que quiera saludar, de nada que se preocupe en absoluto por nosotros. ¿Por qué, entonces, bajo este cielo, lo que no tiene voz habría de hablarnos? ¿Una reminiscencia? ¿Una correspondencia? ¿Una especie de promesa, incluso?

Visiones cuyo movimiento, como el de los pájaros, volvería a coser el universo.

Pasábamos. Hemos bebido esta leche de la sombra, en abril, con nuestros ojos.

¿Acaso estos follajes tranquilos empollan los verdaderos huevos, color marfil, de la Resurrección?

O, peinando solamente, rápidamente, este árbol, ¿habré pintado el último ángel, el único al que pudiéramos conceder nuestra confianza, porque salió del mundo oscuro, de debajo de la tierra?

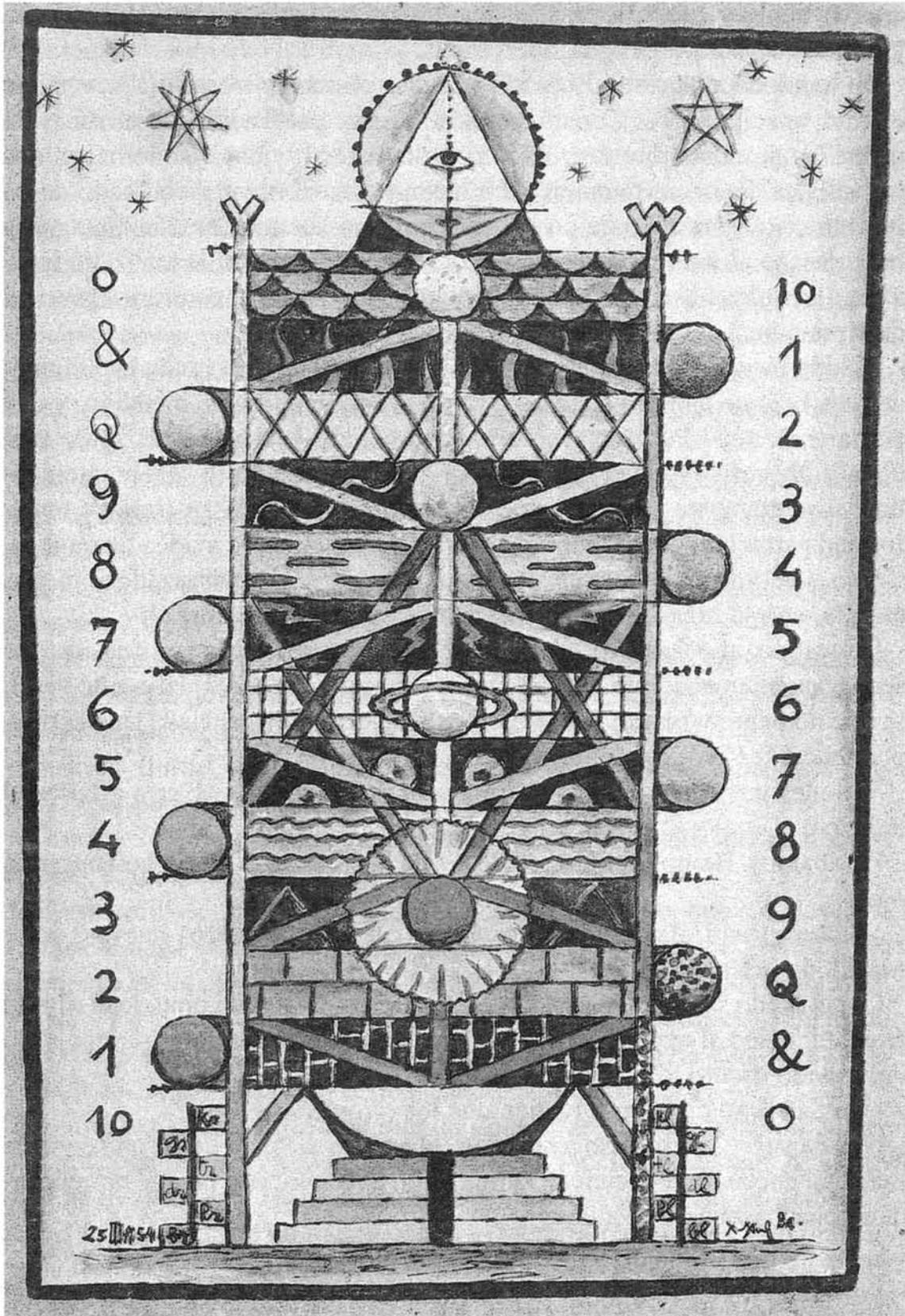
¿Un ángel, se diría, más rústico que los otros, más pastor?

Nos ha sucedido, incluso a nosotros, elevarnos así para llevar una copa de marfil al encuentro del cielo, a la imitación del cielo; con tal que nos escondan hojas bastante tranquilas.

Cosa bella siempre y cuando no se deje coger.

Este es el último eco de las «églogas», una llamada que apenas se oye, al límite del oído, porque la leche que mana de la copa es más silenciosa que agua alguna.

(Traducción de Rafael-José Díaz)



Xul Solar: Pan Árbol. Acuarela (1954)